



En 1775 llegó a Buenos Aires un enviado de la corona española para acordar con las autoridades residentes los detalles de la creación del Virreinato del Río de la Plata.

Como tantos viajeros, su salud durante el viaje se había resentido y al desembarcar, quienes lo recibieron, notaron que lo atacaban unas fiebres intermitentes que lo hacían explayarse sobre temas libidinosos y un inoportuno priapismo que dejaba en evidencia el miembro desmesurado en su porte, tanto que ni los faldones de su chaqueta podía disimularlo. Estos delirios febriles aparecían en los momentos menos oportunos, porque su actividad protocolar era continua, y su calenturienta verba lo hacía un personaje incómodo, máxime cuando su rango social era el más elevado y, por tanto, inmune a cualquier tipo de condena. A esas rarezas se le había sumado su negativa a hablar con nadie que no fuese del sexo opuesto y en términos lujuriosos.

Un alma piadosa a cargo de las imposiciones reales, temiendo el contagio del mal que aquejaba al noble representante de su Majestad, lo envió al poblado de Las Conchas. Se escogió este antro de contrabandistas al norte de la ciudad, porque debido a las costumbres más relajadas de sus habitantes pertenecientes a la más baja estofa, nadie se sentiría ofendido por las peculiaridades del huésped. El plan era dejarlo allí hasta su restablecimiento, mientras se rezaban misas en Buenos Aires por su pronta recuperación. Se dispuso que dos veces a la semana fuese un correo a recoger papeles con su sello y su firma.

En Las Conchas lo alojaron en una barraca, el lugar menos ruinoso del poblado y lo dejaron ir y venir a sus anchas. Varios días después, cuando ya todas las mujeres del caserío habían accedido curiosas a sus galanterías, estas quedaron empalagadas de sus escarceos amorosos y quisieron volver a la monotonía de la vida. En el caserío no había para con el enviado del rey las consideraciones que en Buenos Aires velaban por su seguridad. Ya se había hecho acreedor de varios coscorriones cada vez que frente a unas faldas su boca se abría, o su florete impúdico se insinuaba. Las reprimendas de las mujeres fastidiadas y la de algunos varones que envidiaban sus atributos, iban aumentando su intensidad. Para salvaguardar la integridad física del noble caballero, el capellán que se había encargado de recibirlo decidió encerrarlo en la barraca.

Luego fue la salud la que se comenzó a presentar en forma esporádica y las fiebres asumieron el mando. El capellán hizo llamar a un viejo curandero para que lo cuidase en todo momento. En ese barracón hay también un niño crenchudo y roñoso que ceba mates y ayuda al sanador. Acucillado, se dedica a escuchar las historias del enfermo con un gesto severo, y ríe cuando el viejo a cargo del convaleciente hinca una rama en el camión tras el que empieza a erigirse el obelisco inoportuno.

Su léxico de niño es limitado, como el de toda la barriada, pero ya el capellán le ha enseñado a leer y lo que balbucea el viajero lo maravilla: lo escucha hablar de la vida en las cortes europeas, los interiores fastuosos de palacios, la práctica de la galantería y, sobre todo, los colores. Su cabeza estalla frente a algo que nunca antes había experimentado. La imaginación.

Construye en su cabeza el mundo que el otro narra. El mármol y la porcelana son los materiales que más trabajo le lleva concebir. Las escaleras, en su mundo de adobe, le dan vértigo. No puede llegar a entender, aunque lo intenta hasta quedarse dormido, qué es y para qué sirve una peluca. Visualiza las sombras proyectadas por esas cabezas gigantescas, y construye un imaginario plano con los contornos de los datos que el viajero va aportando en su éxtasis. Los colores son casi imposibles de conjeturar: “ese color donde la piel de un durazno deja de ser ámbar para convertirse en el rosa de la lengua de una dama” dijo el viajero describiendo una vestimenta. De nada sirve que el mocosito pregunte, porque el viajero se mueve en un plano fantasmal donde los varones no existen ni siquiera como contrincantes. Es un Quijote que tiene a la voluptuosidad como todo honor.

Cuando su miembro y la lujuria le dan tregua, se viste con su ropa de caballero, se cuelga al pecho la Real y Muy Distinguida Orden de Carlos III, y una banda de muaré de seda celeste y blanca, lo más radiante que el niño y toda su comunidad han visto en sus miserables vidas. Los destellos albicelestes de la dinastía Borbónica lo subyugan.

Cuando el enfermo momentáneamente se recupera de su fiebres e indignidad, despacha cartas con su sello a Buenos Aires mediante los mensajeros que van y

vienen, y les da indicaciones. Es ese el único momento en el que le habla a un interlocutor del sexo de Adán y olvida a las Evas que imperan en su gloria de merengue espiritual.

Pero las fiebres vuelven y el niño lo sigue como esos perros de compañía a sus dueños, quienes los adornaban con joyas y alimentaban como a príncipes, según las memorias de su maestro.

Las conchas y caracoles del río al que hace referencia el nombre de su poblado no se parecen en nada a las que refiere el infeliz erótico, pero puede extrapolar. Las fuentes con esculturas, las puede inferir: personajes de piedra o del metal de las cornetas, cuya función es escupir. Reconoce, por haberlos visto en varios arcones que llegan de contrabando, lo que son las puntillas y las enaguas. Fracasa cuando intenta armar esas escenas galantes de palacio, porque el calzado de las damas, con perlas y puntillas se desvanece en el lodazal mugriento del paisaje que el niño conoce.

Un día, en sus relatos de las cortes, el viajero empieza a describir la escena de una pastora, deseosa de que su galán se espine las manos y le alcance unas rosas que crecen al costado de una oveja que está echada con ellos. Largo rato describe la imagen de estos pastores que permanecen inmóviles. El niño pregunta por qué si todo ese paraíso de volutas, conchas, pelucas, y colores sutiles es tan perfecto, permiten entrar también a los pastores y a una cabra al palacio.

El viajero lo miró y le contestó con ternura y bondad: Están pintados sobre lienzo, chiquillo.

Un grito aterrorizado bramó de su garganta al saberse visto y respondido.

El viejo curandero, alarmado y temiendo por la integridad de su ayudante, entró con un garrote para matar al monstruo de la entrepierna del enviado por su majestad, pero el niño lo contuvo. Su cerebro abrió un nuevo salón: las imágenes se podían detener sobre un lienzo usando pinturas.

El viajero, a quien el recuerdo del cuadro había vuelto a su reino de lubricidad, se puso a hilar las obras de ese arte que admiraba y los recitó como una plegaria, mientras acariciaba a la muerte que se cernía voluptuosa sobre toda su humanidad: la pastora y el pastor, de François Boucher. De él, también su odalisca. El columpio y el beso robado, de Jean-Honoré Fragonard, el Mezzetino de Watteau...

Volvió a mirar al niño y con una sonrisa beatífica le dijo “es un estilo hermoso y definitivo”.

Un joven se enriqueció pronto con el contrabando y se mudó del poblado de las Conchas a la ciudad de Buenos Aires, dentro del ya constituido Virreinato del Río de la Plata. Permaneció unido a los relatos del delegado del rey, que por fin murió de concupiscencia, y fue de los primeros en inscribirse en la flamante Academia de dibujo creada por el Secretario Perpetuo del Real Consulado de Buenos Aires, Manuel Belgrano. Con este llegó a tener trato, ya que tenían la misma edad y pertenecían al mismo grupo social, todos interesados en los ideales de la revolución francesa. Entre las muchas cosas por las que lo admiraba, estaba el hecho de que sus ojos se hubieran posado en los mismos palacios que imaginó en su infancia en Las Conchas.

Una tarde, en la academia, se había recibido una remesa de estampas que representaban pinturas famosas en su tiempo, obtenidos a muy buen precio. Los comerciantes europeos enviaban a las colonias americanas lo que ya había pasado de moda. El niño de las conchas, luego contrabandista y ahora un respetable vecino porteño, se puso a revolver en los cartapacios junto a sus compañeros las láminas recién llegadas.

Volvió a escuchar, emocionado, la voz del viajero que pobló su infancia a la vez que reconocía en las láminas una a una las pinturas y los nombres de los pintores de aquella última retahíla previa a la muerte.

En su asombro estaba cuando escuchó detrás suyo la risita burlona de Belgrano, quien miraba las láminas por encima de su hombro

¡Qué mariconada!, dijo.

Alanís Robles Pito
San Fernando, noviembre de 2025

Mural: Fátima Baroni
Serigrafías: periferiaserigrafía (Agustina Girardi y Franco Mehlhose)